

ESCULTISMO, CAMINO DE CARIDAD

En la audiencia que el Papa Benedicto XVI concedió el pasado 11 de mayo al Instituto Juan Pablo II de estudios sobre Matrimonio y Familia, el Santo Padre recordaba *la idea fundamental que acompañó a Juan Pablo II durante toda su vida y su ministerio pastoral*, y que constituye la herencia más valiosa que nos dejó: **es necesario “enseñar a los jóvenes a amar”**. Ahora bien, en esta expresión nos resulta difícil comprender qué significa “enseñar a amar”. *¿No es el amor la cosa más espontánea e incontrolable que se pueda imaginar? ¿No se trata de algo que ocurre y sobre lo que no tenemos ningún poder? ¿Qué es entonces el amor para que haya que decir que hay que aprender a amar?* El amor no es una idea ni una decisión ética, nos ha recordado en su primera encíclica el Papa, sino que es, ante todo, una experiencia, **“el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”** (*Deus caritas est*, n. 1). No se trata sólo de un mandamiento, sino de una respuesta al don del amor que viene a nuestro encuentro.

De este modo, la experiencia del amor se nos presenta como *una aventura, un riesgo que se corre, algo dinámico, que nos impulsa hacia delante, hacia una plenitud nueva y desconocida*. No se trata sólo de complacerse en una sensación que sentimos hacia alguien, sino de aprender a amar, es decir, de convertirnos en sujetos capaces de amar de verdad. La aventura del amor no es fácil. El amor nos desestabiliza porque nos saca de nuestro egocentrismo y nos pone de frente a la realidad de otra persona, que con su presencia irrumpe en nuestra vida, imprevisible, desconocida y, sin embargo, tan fascinante en su misterio irreductible. He aquí por qué el amor se nos presenta como un camino, a veces difícil y arduo, que implica aceptar entrar en la dimensión nueva del diálogo con la otra persona para construir juntos una comunión de vida¹.

Hoy día, el recorrido que permite encontrar el amor y aprender a amar es particularmente difícil, especialmente para los jóvenes. Hay obstáculos nuevos e inéditos, que hay que saber reconocer con lucidez. La empresa de enseñar/aprender a amar se puede colocar entre los desafíos más grandes de nuestra época, con unas dimensiones verdaderamente imponentes. **Se trata de reconstruir una cultura, es decir, un ambiente de formación de la persona, capaz de contrarrestar una anticultura que impide amar**. Por esto, el texto tendrá tres partes: en un primer momento, intentaré evidenciar los rasgos de la anticultura que hace imposible el amor; en un segundo tiempo, intentaré trazar las vías para construir una cultura del amor, decisiva no sólo para cada persona en particular, sino también para la sociedad en su conjunto. En esta perspectiva de la construcción de una cultura del amor propondré en un tercer punto la novedad de la experiencia scout desde el punto de vista pedagógico y cristiano, como camino especialmente apto para el desarrollo y perfeccionamiento de la caridad.

1. Analfabetismo afectivo y la anti-cultura de la autonomía: “liquidar” a la familia.

Don Livio Melina, profesor de Teología Moral fundamental, en una reciente conferencia dada en el marco del V Encuentro Mundial de la Familia en Valencia² titulada “Analfabetismo afectivo y cultura del

¹ ¿Qué sería la vida sin amor? Juan Pablo II, en su encíclica inaugural *Redemptor hominis*, nos dijo: “El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido, si no le es revelado el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace propio, si no participa en él vivamente” (*Redemptor hominis*, n.10). Su vida es un fracaso si no encuentra el amor y no aprende a amar. El paso que va del amor al ser capaces de amar es arduo, porque amar significa donarse; no dar cosas, sino darSE al prójimo, a los demás. Y esto no es algo inmediato ni que se puede dar por descontado. Resuenan aquí las palabras de los Padres Conciliares: “el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (*Gaudium et spes*, n. 24). Y la paradoja evangélica: “Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará. ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si él mismo se pierde o se arruina?” (*Lc 9, 24-25*).

² Mi conferencia está inspirada y de hecho fundada en sus dos primeras partes, en la conferencia que dio el Profesor de moral fundamental L. MELINA, Presidente del Instituto Juan Pablo II de estudios sobre Matrimonio y familia, en el Master de pastoral familiar sobre Matrimonio y familia a un numeroso grupo de matrimonios, en Segorbe (Castellón) a primeros de julio con motivo del V Encuentro Mundial de las Familias en Valencia. La conferencia se titulaba: *Analfabetismo afectivo y cultura del amor*,

amor” -cuyas líneas fundamentales seguiré en esta exposición- comenzaba recordando la figura de Stevens, un mayordomo inglés interpretado por Anthony Hopkins en la película “Lo que queda del día” (USA 1993), de James Ivory. Se trataba de un personaje formal, impecable e ingenuo, absolutamente incapaz de expresar sus sentimientos, de los cuales tenía miedo. La historia, dramática y caricaturesca, muestra cómo el mayordomo prefiere la gélida formalidad de las solitarias relaciones vacías a las que se ha acostumbrado por su propio oficio, en vez de la posibilidad de establecer una relación vivaz, aunque desestabilizante, con el ama de llaves, que tras veinte años le confiesa su amor. Stevens aparece incómodo e incapaz de aceptar ni expresar el sentimiento profundo que experimenta en su corazón. Su personaje provoca en nosotros la hilaridad porque nos recuerda el estereotipo del inglés de otros tiempos y parece que no tiene mucho que ver con nosotros. Al formalismo de aquella sociedad puritana, que reprime las emociones, parece contraponerse radicalmente el mundo en el que vivimos, donde la ausencia aparente de reglas ha provocado la plena libertad de manifestar y realizar nuestras emociones, según las modalidades que convienen a las sensaciones y opiniones de cada cual.

Analfabetismo afectivo.

Y, sin embargo, esta exhibición incontrolada del sentir inmediato, este dar rienda suelta a la emotividad puede esconder un drama simétrico y similar al precedente, difundido sobre todo entre los jóvenes y adolescentes. Se ha empezado a hablar de “analfabetismo afectivo” difundido en las nuevas generaciones. Siempre en Inglaterra, una encuesta reciente llevada a cabo en 90 escuelas en la zona de Southampton, en una población de estudiantes que pertenecen a la clase media-baja, el 40% de los cuales viven en familias monoparentales, ha mostrado que estos chicos emplean como máximo una decena de palabras relativas a las emociones y a la afectividad. Son palabras escasamente diferenciadas, generalmente vulgares, que no dan lugar a sutilezas cuando se trata de definir el propio estado de ánimo o de comprender al otro³. El fenómeno es alarmante: la incapacidad de entrar en contacto con el mundo de las propias emociones implica de hecho una consecuente incapacidad de comunicar y establecer relaciones adecuadas con los demás. Diversos sucesos dramáticos muestran cómo en el tejido social en el que vivimos, el espacio de la afectividad y de la comunicación emotiva se va restringiendo entre muchos jóvenes, provocando imprevistas explosiones destructivas, sobre todo en los ambientes en los que se consumen emociones de masa.

Se podría decir que este analfabetismo emotivo, puesto de relieve por sociólogos y psicólogos, significa una incapacidad de leer y escribir. *Incapacidad de leer* las propias emociones y los propios sentimientos, lo que hace que sean alejados o que exploten de manera incontrolada; incapacidad de interpretar el propio mundo interior y de darle un sentido dentro de un marco general de significado. *Incapacidad de escribir* en la trama de la propia existencia y de la historia lo que se siente dentro de sí, permaneciendo silenciado o mal expresado, incomprensible e irrealizable. El contexto de soledad, la falta de puntos de referencia con autoridad, de maestros, de historias narradas, de comunidades vividas, impide la interpretación de las emociones y de los afectos; impide el reconocimiento de un sentido que los califique y oriente. Sin vocabulario, sin gramática, sin maestros no se aprende a leer ni a escribir. Emerge así el problema decisivo para la formación de la persona, la necesidad de un marco de referencia interpretativo del fenómeno emotivo y afectivo, que pueda constituir un contexto de sentido capaz de integrar la experiencia, de hacerla comprensible y constructiva.

“Liquidar” la familia.

Llegados a este punto debemos enfrentarnos a una dificultad específica, que viene del contexto cultural en el que nos encontramos: no estamos simplemente ante una crisis de la familia y de su papel educativo tradicional, sino que se está labrando un ataque a la familia, una estrategia bien organizada para “liquidarla”.

inspirada en un nuevo libro que ha publicado con motivo de este encuentro mundial: *Per una cultura Della famiglia: il linguaggio dell'amore*, Marcianum Press, Roma 2006, 172 pp.

³ A. OLIVEIRO “Le nostre emozioni alla ricerca di un alfabeto” en *Avvenire*, 1 de marzo 2001. Del mismo autor: “Ragione e passione nelle emozioni”, en *Psicología* 130 (julio-agosto 1995), 52. Citado por L. MELINA en su conferencia, 2.

La palabra hay que tomarla en su sentido literal, antes de tomarla en sentido metafórico, según el análisis del conocido sociólogo polaco, profesor en Leeds (Inglaterra), Zygmund Bauman, uno de los mayores intérpretes de nuestro tiempo. Él define nuestra época como “modernidad líquida”, caracterizada por la desreglamentación y privatización de las tareas y los deberes propios de la modernización. Se puede llamarlo **individualismo**: del acento puesto en la sociedad justa hemos pasado al de los derechos humanos, reducidos al “derecho de los individuos a ser diversos y elegir y adoptar a placer los propios modelos de felicidad y un estilo de vida que les sea adecuado”⁴. La modernidad líquida no puede tolerar los cuerpos sólidos. Sus valores son la velocidad, el cambio, el flujo, lo temporal y la precariedad. Como tal, la modernidad no puede tolerar la familia, la clase, el vecindario, la comunidad parroquial; debe “licuarlos” o “liquidarlos”.

De este modo, Bauman habla del *amor líquido*: *también el amor se convierte en un hecho comercial, mercantil, de supermercado*. En la modernidad líquida es “normal” adaptar las relaciones de pareja a las relaciones comerciales: se compara al amor y a la pareja con un bien al que tengo derecho y que escojo o del que me despojo cuando me he cansado y en el horizonte aparece un nuevo “producto” que promete gratificarme más. La modernidad líquida está dominada por los antojos (por hacer lo que “me da la gana”), lo que contrasta con los deseos cultivados, que son principio de estabilidad; según Bauman: “*Mientras el principio de satisfacer los propios antojos se inculca a fondo en la conducta cotidiana por parte de los poderes fuertes del mercado de los bienes de consumo, el cultivar un deseo parece inquietante, inoportuna y fastidiosamente el tender hacia el compromiso amoroso*”⁵. Si esto es así, encontramos una explicación a la ofensiva contra la familia fundada en el matrimonio, que no se adecúa a las reglas, a la *desregularización*: por ello, hay que liquidarla.

La anticultura de la autonomía absoluta.

Como dice la Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española sobre la Familia⁶, en el plano moral se produce una deformación del valor de la *libertad* que pierde así su aspiración interna hacia la plenitud humana. “*Desarraigada de su finalidad interna, que la dirige a realizar el amor verdadero, la libertad queda reducida a la elección de cosas según el arbitrio personal, al margen de la verdad del hombre*”. A estos fenómenos de carácter económico, social o de costumbres corresponde una estrategia cultural bien organizada, una verdadera y propia revolución que, a partir del lenguaje, tiende a asentarse en la mentalidad y en las instituciones de Occidente y después, poco a poco, a nivel global, en todo el mundo, como una especie de neocolonialismo. El principio del derecho de elección por parte del individuo se afirma como un absoluto en el ámbito de la sexualidad, de la reproducción, de la vida, y funciona igualmente como un factor de reconstrucción de las formas naturales y tradicionales de las relaciones en la familia, en la comunidad local y en la sociedad.

En nombre de este concepto individualista de libertad y de autonomía se afirma que cualquier concepción que el individuo tenga de la propia sexualidad tiene el mismo derecho de ser puesta en práctica y se exige la equiparación jurídica de toda práctica, desde las uniones de hecho hasta la homosexualidad o el transexualismo; se reivindican como derechos pertenecientes a la “salud reproductiva” el derecho a la contracepción, al aborto libre, a la fecundación artificial. El principio de autonomía se asocia con el de la igualdad al configurar una absoluta neutralidad por parte del Estado frente a juicios relativos a las diversas formas de realización de la sexualidad humana. Éstas pertenecerían al ámbito de la esfera privada, mientras que a la ley civil le correspondería sólo el garantizar la igualdad de derechos⁷. Pero dicha neutralidad del Estado implica la consideración de la familia como una superestructura puramente convencional, una forma transeúnte entre otras tantas, de la que sería posible e incluso deseable emanciparse. En realidad, estamos

⁴ Z. BAUMAN, *Modernidad líquida*, Laterza, Bari 2002, Citado por L. MELINA en su conferencia, 3.

⁵ Z. BAUMAN, *L' amore liquido*, Laterza, Bari 2004, Citado por L. MELINA en su conferencia, 3.

⁶ Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, mayo 2001, 34.

⁷ En el ámbito público esto se plasma en la adopción de una *ética utilitaria* dominada por los intereses individuales; en cambio, en el ámbito privado, el juicio moral se deja al arbitrio de un “sentido moral” subjetivo, que se traduce en una concepción ética “a la carta”. Cfr. Instrucción. Pastoral de la Conferencia Episcopal Española, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, mayo 2001, 35-36.

ante un ejemplo perfecto de la dictadura del relativismo denunciada por el Cardenal Ratzinger, que amenaza la libertad auténtica de las personas y pone en riesgo la supervivencia misma de la civilización europea⁸.

2. En favor de una cultura del amor.

Hemos visto las esperanzas y las dificultades que encuentra el evangelio de la familia y de la vida en nuestro tiempo. Nuestro anuncio es inseparable de nuestra misión. Para volver a hacer creíble el amor fiel y el aprecio de la vida humana en todo su desarrollo hemos de saber vivirlo y *saber construir una verdadera cultura de la familia y de la vida*. Es el desafío que se abre a la nueva evangelización como respuesta a la mirada de fe a nuestro tiempo.

La cultura había sugerido el papa Wojtyla en la célebre alocución a la UNESCO en 1980, “es aquello por lo que el hombre se hace más hombre, “es” más, accede más al ser”⁹. La verdad de una cultura debe poder verificarse en un incremento de luz, de gusto, de vida y de amor que dicha cultura posibilita precisamente en la experiencia humana de la afectividad. Volvemos a encontrar aquí el gran desafío que el Papa Benedicto XVI no se cansa de lanzarnos desde el inicio de su pontificado y que se ha reflejado en su encíclica *Deus caritas est. el cristianismo, no es rechazar el eros ni “envenenarlo”, sino sanarlo para que alcance su verdadera grandeza* (DCE 5). Nos queda, entonces, recorrer la segunda parte de nuestro itinerario de reflexión, mostrando dónde nos podemos fundar para construir esta auténtica cultura, cuáles son sus rasgos fundamentales. Y dentro de este apartado veremos la contribución del escultismo a esta cultura del amor.

Volver a las evidencias del corazón para encontrar de nuevo la razón.

La comprensión del sentido de la sexualidad humana no es algo inmediato: la propia libertad y afectividad, así como la cultura influyen decisivamente en nuestra visión del amor erótico. La confusión que sobre él existe en nuestra sociedad, sea a nivel de vida como de reflexión, nos obliga a un estudio que sea capaz de superar la acusación de que la familia es una configuración puramente cultural, que varía y puede cambiar en las diversas épocas de la historia.

Para ello, José Noriega en su nuevo libro sobre moral sexual¹⁰, en el que me baso en este punto, ha realizado algunas elecciones metodológicas: situarse en el corazón de la experiencia amorosa, intentando descubrir su sentido y finalidad; realizar un estudio metafísico del amor que sea capaz de superar una visión romántica y descubra en qué modo puede llegar a convertirse en el motor de una vida rica en acciones; y, por último, destacar el drama que conlleva por su complejidad y fragilidad, así como la necesidad de integración de todos sus elementos, destacando el papel que juega el don del Espíritu Santo. De esta forma es capaz de repropone con vigor y claridad la castidad como virtud propia de los enamorados.

Quizá el mejor camino, señala nuestro autor¹¹, “sea situarnos en la misma experiencia amorosa, dejarla hablar: ella tiene algo esencial que transmitirnos. El amor implica siempre una revelación. Aquí se encuentra una de las novedades más significativas de la reflexión que Juan Pablo II ha ofrecido en su magisterio sobre el amor humano. Más que deducir la verdad del amor de un estudio abstracto de la naturaleza humana o de las consecuencias que produce, su interés ha sido situarse en la misma experiencia del amor y, desde ella, intentar descubrir su hondo significado humano, proyectando sobre ella la luz de la Revelación. Dada la fecundidad de este enfoque, así como la profundidad de los análisis que realiza, las Catequesis sobre el amor humano en el designio de Dios, pronunciadas por Juan Pablo II en las audiencias de los miércoles entre 1979 y 1984, serán una de las fuentes principales de este estudio”.

⁸ Cf. J. RATZINGER, *L'Europa nella crisi delle culture*, Conferenza per la consegna del Premio San Benedetto, Subiaco 1 aprile 2005.

⁹ JUAN PABLO II, *Alocución a la UNESCO*, 2 de junio de 1980.

¹⁰ J. NORIEGA, *El destino del Eros. Perspectivas de moral sexual*, Palabra, Madrid 2005.

¹¹ J. NORIEGA, *El destino del Eros. Perspectivas de moral sexual*, Palabra, Madrid 2005, 11.

¿Por dónde empezar para encontrar el testimonio del “corazón” como criterio infalible de discernimiento entre la realización verdadera y buena de la vida y una falsa configuración de la misma, sino a partir de la experiencia, en su forma más espontánea y originaria? El criterio de verdad y de bondad debe hallarse en nosotros mismos; de lo contrario, estaríamos alienados.

¿Qué es el corazón? Es el conjunto de las exigencias y evidencias originarias y fundamentales con las que la naturaleza nos lanza hacia la realidad y a partir de las cuales todo ser humano, queriéndolo o no, sabiéndolo o no, juzga espontáneamente todo lo que le acontece¹². Se trata de evidencias y exigencias de justicia, de verdad, de bondad, de belleza. La tradición de pensamiento tomista se ha referido a las “inclinaciones naturales”: orientaciones nativas hacia determinados bienes que reconocemos como propios: el instinto a conservar y promover nuestra vida, a vivir en sociedad con otras personas, a buscar la verdad, a sentir compasión y ayudar a quien sufre. Entre estas inclinaciones espontáneas está sin duda, de un modo que se impone de manera singular, la inclinación sexual.

¿Cuál es entonces el significado plenamente humano de esta inclinación espontánea? Para contribuir a configurar una vida buena ésta debe insertarse en un marco de sentido que la interprete y que va fijándose poco a poco en la existencia de cada uno, en función de las experiencias que se viven conforme la persona va madurando¹³. La razón humana percibe que el sentido pleno de la atracción sexual se respeta sólo cuando se trata al otro como una persona y no como una ocasión de placer. Así se puede comenzar a distinguir entre realizaciones buenas y convenientes de dicha atracción, y comportamientos inadecuados y equivocados. Santo Tomás hablaba de semillas de las virtudes, insertas en nuestras mismas inclinaciones, que la razón sabe ver y que puede cultivar, las cuales, desarrolladas a lo largo del tiempo gracias a los actos, dan origen a las virtudes morales. Una cultura del amor consistirá en que los hombres y las mujeres cultiven estas disposiciones virtuosas, que desarrollan un sentido plenamente humano de la sexualidad y de la afectividad.

Universalidad de la experiencia del amor.

Con esto, retomando la conferencia de Livio Melina¹⁴, hemos esbozado las verdades naturalmente inscritas en el corazón de los hombres y de las mujeres, y que son accesibles a la razón. Todo esto no es expresión de una visión moral católica, válida sólo para el que cree, pero que sería totalmente discutible para quien no cree, o cree diversamente. Nos encontramos ante la universalidad de la experiencia del amor, que abre un camino de diálogo y de encuentro entre los hombres, que supera el de la universalidad puramente racional de Kant¹⁵. La experiencia del amor, en particular la experiencia arquetípica del amor entre hombre y mujer, se presenta como un camino universal para comprender lo que es propiamente humano. Ningún hombre, por encima de toda diferencia de cultura, de etnia, de religión, de edad, de proveniencia geográfica, es extraño a la experiencia del amor: ésta afecta a todos y es, en cierto sentido, propia de todo hombre y de toda época.

Para captar esta universalidad es necesario sin duda superar la hermenéutica que el emotivismo y el romanticismo respectivamente ofrecen del amor, encerrándolo en el ámbito del sentimiento subjetivo. La dimensión universal del amor, que manifiesta su culmen en la exigencia evangélica del amor a los enemigos, no se funda en un principio psicológico, sino en la referencia a un amor originario, que nos precede, el amor del Padre que “hace salir el sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos” (Mt 5, 44s)¹⁶. Del mismo modo que existe una universalidad en el deseo de felicidad, que es común a todos los hombres, pues todos desean amar, aunque no todos saben amar con una apertura universal; igualmente existe una

¹² Cf. L. GIUSSIANI, *Il rischio educativo*, Rizzoli, Milano 2005, 15-21. Citado por L. MELINA en su conferencia, 6.

¹³ Cf. J. NORIEGA, *El destino del Eros. Perspectivas de Moral sexual*, Palabra, Madrid 2006, 19-39.

¹⁴ L. MELINA, *Analfabetismo afectivo y cultura del amor*, Segorbe 2006, 8.

¹⁵ Cf. J.-J. PÉREZ-SOBA, “Una nuova apologetica: la testimonianza dell’amore”, in *Anthropotes* XXII/1 (2006). Citado en la Conferencia de L. MELINA, 7.

¹⁶ Al riguardo: W. PANNENBERG, “Uno è buono” (Mt 19,17) in L. MELINA-J. NORIEGA (a cura di), *Domanda sul bene e domanda su Dio*, Pul-Mursia, Roma 1999, 25-33. Citado en la Conferencia de L. MELINA, 5.

comunicación del amor que se funda en el bien, que goza de una universalidad similar a la de la felicidad. Se basa en la comunicación universal del bien, de la que todos participamos gracias a la creación¹⁷.

De esta manera, la experiencia del amor, si se toma en su verdad integral, nos lleva a superar la separación entre creyente y no creyente, entre lo que es cristiano y lo que es puramente humano. El amor, en efecto, tiene el carácter de una experiencia humana universal y originaria, capaz de revelar la verdad fundamental sobre el hombre. El cristianismo, por otra parte, es antropológicamente relevante porque ofrece una luz que desvela el sentido último. *Debemos reconocer, sin embargo, que acceder a la verdad de la experiencia del amor no es algo obvio y exento de dificultades: exige un contexto educativo, formado por una comunidad y por testigos cualificados y dignos de fe, y requiere una mirada limpia, que no son hoy demasiado comunes.* La misma idea de que exista una forma "natural" de vivir la sexualidad es ampliamente discutida. El hombre contemporáneo no logra leer la propia naturaleza originaria. Por ello, vemos cada vez más necesario grupos tipo scout de Europa que ofrezcan ese marco educativo natural para poder vivir en plenitud esas experiencias originarias del amor y poder descubrir plenamente su significado. Veamos a continuación su originalidad en el campo de la educación cristiana de la juventud y sus grandes intuiciones pedagógicas en el desarrollo y perfeccionamiento de la caridad cristiana.

3. Escultismo camino de caridad.

Todo el escultismo está presentado en positivo. Con una buena intuición, partiendo de su profundo optimismo, Baden Powell entiende que un joven puede desanimarse por los fracasos y las dificultades que le presenta la vida, y le ofrece una proposición llena de confianza en el futuro. Por ello la ley no consiste en una serie de prohibiciones sino en una proposición positiva de un extremo a otro. A este respecto, en el discurso que el Papa dio en San Pedro con ocasión del Eurojam de Viterbo, nos dijo: *"La ley scout es vuestro ideal. Esa ley os llama a desarrollar los valores humanos fundamentales de la honradez, la lealtad, el sentido del deber cumplido, el amor a la naturaleza y el servicio al prójimo. Dando se recibe; actuando con atención hacia los hermanos se alcanza la verdadera felicidad. La pedagogía scout os brinda instrumentos valiosos para construir vuestra personalidad. A vuestro lado tenéis a jefes y adultos que, guiándoos con firmeza y con delicada paciencia, desean ayudaros a dar lo mejor de vosotros mismos.*

Para respetar esta ley scout, programa de una vida recta y atractiva, tomad conciencia de la importancia que tiene vivir en la Iglesia y acercarse a los sacramentos¹⁸.

La ley scout, no hace falta insistir en ello, expresa los valores humanos profundos e indica los verdaderos caminos de libertad¹⁹. Todo ello desde un profundo conocimiento del joven y buscando ayudarle a dar lo mejor de sí y llevarle a su plena felicidad. Por ello quisiera centrarme en mi análisis en una experiencia primera y fundamental que se vive en el escultismo como algo natural, como un medio esencial para la educación de los jóvenes, que facilita mucho el camino de la educación en el amor y el crecimiento en la caridad.

El regalo de la amistad.

¹⁷ Además, el dinamismo del amor está por sí mismo abierto a la fe: incluye siempre, en cuanto tal, un crédito personal que se concede al otro, un abrirse a él y a la promesa de bien que se nos ofrece en el encuentro y la puesta en común de las intenciones recíprocas. Como nos ha recordado el Papa Benedicto XVI en su primera encíclica, amar significa creer en el amor (DCE 1). Adherir a la lógica interna del amor significa abrir de par en par con confianza las puertas al otro y, con ello, abrirse también al carácter misterioso de la existencia humana. El término "misterioso" indica en este contexto no lo desconocido, sino más bien la apertura al Amor de la vida y del bien que implica la experiencia del amor.

¹⁸ Discurso del Santo Padre a los Guías y Scouts de Europa, el 3-VIII-1994 en San Pedro con ocasión del Eurojam.

¹⁹ C. FAVARETTO, *La ley scout, programa de una vida recta y atractiva*, en 2º Congreso internacional de consejeros religiosos, Roma, Octubre 1996, 40-67.

La amistad es uno de los dones más valiosos que nos hace la vida. Es una de las experiencias más gratificantes y deseadas en cada etapa de la existencia²⁰. Ya los niños quieren ganarse un amigo o una amiga, quieren tener compañeros de juego con los que poder estar juntos, planear y emprender aventuras movidos por un progresivo deseo de sentirse acogidos y arropados desde sus primeras actividades separados fuera de la familia, conformando de manera progresiva el conocimiento del yo, la conciencia de si mismo, la autoestima. Así en la preadolescencia el joven, pasa a tomar conciencia del otro, ¿Qué quiero del otro? ¿Qué le puedo dar? Es sin duda un proceso vibrante y crítico, donde el joven puede integrar el “yo” y el “tu” como una suma o en el caso desintegrador como un trauma al que sobreponerse.

En la juventud, en la adolescencia sobre todo, este deseo de amistad se intensifica, el joven está dispuesto a estrechar los lazos de amistad, pero que como no sabe que hay otra amistad más “verdadera” que la vivida hasta ahora entre “compañeros”, necesita de alguien que se la descubra, otro que se la ofrezca, es un fenómeno análogo al enamoramiento, donde descubre que lo que “le une” a este nuevo amigo es mucho más fuerte de lo que hasta ahora había podido imaginar. El joven está ávido de verdaderos amigos, de fraternidad verdaderamente vivida, de esfuerzos y aventuras compartidas. Este descubrimiento le lleva a pensar en el otro antes que en si mismo, a dar antes que a recibir, tomando conciencia de que ese amor de amistad es un motor para completar el proceso de comprensión de su propia persona.

El escultismo responde a esa necesidad juvenil de fraternidad. Porque los jóvenes se buscan, he aquí un “medio amistoso”, apto para vivir esa aventura, del descubrimiento de uno mismo y del descubrimiento de la realidad y de los demás que tanto desean en estas edades. Medio fundado en primer lugar sobre la libertad, sobre la elección de los amigos y del nuevo ambiente, puede haber una invitación y un atractivo especial pero al final es el chico es el que se compromete libremente a seguir y a vivir de una forma determinada. En segundo lugar basado sobre la aceptación de un mismo ideal, de la misma ley, de un mismo estilo de vida, sobre el compartir, tan frecuente como sea posible, de las mismas actividades y empresas. La propia dinámica del “juego scout” constituye un catalizador excepcional para que los lazos de amistad traspasen la frontera de lo “verdadero”, pues empuja al chico a compartir experiencias y aventuras sustancialmente diferentes a las que los chicos de su edad tienen acceso, en un nivel de exigencia inaudito para nuestros tiempos. Porque sobre todo en las actividades, y especialmente en el campamento, es donde la fraternidad se construye. Sólo la experiencia puede descubrir la fuerza de los lazos que se crean por el juego, el participar en las mismas aventuras, en las marchas, en la fatiga, las intemperies, la tienda, el descanso...

Estima de la amistad.

Sin embargo, a veces podemos tener la impresión, que esta experiencia de la amistad, no es tan importante; sobre todo los adultos, no concedemos prácticamente ningún lugar a este sentimiento en nuestras ideas y apreciaciones morales, como si a la virtud importase poco que tengamos amigos o que no podamos tenerlos²¹. De hecho, la amistad no es mencionada en el catálogo clásico de las virtudes, y santo Tomás mismo duda en reconocer en la amistad humana una virtud.

Para los adultos que cruzado el proceso de la elección vocacional, la amistad pasa a un segundo nivel, o mejor se supedita al nuevo de manera integradora tenemos, sin embargo, el sentimiento de que la capacidad de amistad, el sentido de la amistad en un hombre, contribuye a su valor moral. Imaginemos un hombre, como podría ser el caso del mayordomo inglés que hemos citado en la primera parte de nuestra conferencia, que pretendiese cumplir exactamente sus deberes y observar escrupulosamente las prescripciones de la ley moral, pero que se mostrase incapaz de experimentar la capacidad de amar a otro, simplemente, por él mismo, de manera desinteresada; semejante hombre *¿no se nos presentaría, a pesar de sus pretensiones a la virtud, como un hipócrita, ocultando bajo las apariencias de la observancia legal un corazón desnudo del verdadero sentido moral?* Aristóteles ya hacía notar que se critica a quienes son incapaces de amistad y se alaba, por el contrario, a quienes devuelven a sus amigos amistad por amistad.

²⁰ Cf. R. SCHNACKENBURG, *Amistad con Jesús*, Sígueme, Salamanca 1998.

²¹ Cf. S. PINCKAERS, *La renovación de la moral*, Verbo Divino, 1971, 63-64.

No falta gente, decía, que piensa que los hombres buenos moralmente son también buenos amigos. La amistad no es, pues, tan extraña a la moral como podría parecer a primera vista.

La lengua hebrea carece de un vocablo propio para designar al “amigo”; habla del vecino, del cercano, del compañero. Pero el antiguo testamento conoce también la amistad humana. Un ejemplo relevante es la amistad entre David y Jonatán, hijo de Saúl, que se describe en 1 Sam 18ss. El rey Saúl se enemistó con David por envidia y celos, e intentó liquidarlo; pero Jonatán apreciaba a David: “Hizo un pacto con David porque lo quería como a sí mismo” (18, 3). Alertó a David sobre las asechanzas del rey y habló también con Saúl a favor de David. Cuando David tuvo que huir, Jonatán cuidó de su seguridad²².

Esta amistad muestra que entre amigos debe reinar la franqueza y la confianza. Algo parecido leemos de Moisés, con el que Dios hablaba en el período de revelación “cara a cara, como hablan los hombres entre sí” (Ex 33,11); la traducción griega dice: “como un hombre habla con su amigo”. A medida que el pensamiento y el sentimiento griegos penetran en Israel, aparece más la palabra “amistad”. Así no es extraño que el libro tardío del Eclesiástico haga un encendido elogio de la amistad.

“Un amigo fiel es apoyo seguro,

El que lo encuentra, encuentra un tesoro;

Un amigo fiel no tiene precio,

No se puede ponderar su valor”.

“Un amigo fiel es bálsamo de vida,

Los que temen al Señor lo encontrarán.

El que honra al Señor cuida su amistad,

Porque su amigo será como sea él” (Eclo 6, 14-17).

Pero la amistad es también un regalo que hay que conquistar y debe ser puesto a prueba.

“Si te echas un amigo, hazlo con tiento,

Y no tengas prisa en confiarte a él.

Porque hay amigos de conveniencia,

Que te abandonan cuando llega la adversidad...

Hay amigos que se sientan a tu mesa

Y te abandonan en la adversidad” (Eclo 6, 7-10).

¿Quién puede ser amigo según la mentalidad actual? Quizá un vecino al que conocemos, un camarada que me acompaña a lo largo de la vida. Hay amistad entre varones, amistad entre mujeres y amistad entre

²² Cf. R. SCHNACKENBURG, *Amistad con Jesús*, Sígueme, Salamanca 1998, 50-51.

varones y mujeres. La cercanía humana, la afinidad espiritual y la coincidencia en el pensar y sentir son fundamentos de la amistad.

Hacia una definición de la amistad.

Siguiendo con la definición de la amistad. Podemos distinguir tres clases de amistad, según Aristóteles y santo Tomás. Está la amistad fundada en la utilidad común, como la que se estrecha entre comerciantes, traficantes, entre aquellos a quienes une un interés común. La segunda forma de amistad se funda en el placer que procura a otro por el agrado que se halla en su compañía; esta clase de amistad se encuentra sobre todo entre los jóvenes, nota Aristóteles, pues el sentimiento dirige su vida, y el placer del momento es la finalidad que ellos persiguen la mayor parte de las veces. La intención que inspira a estas amistades es egocéntrica²³.

La tercera forma de amistad se llama comúnmente amistad virtuosa, porque tiene por fundamento una virtud común entre los amigos. Pero el adjetivo "virtuoso" se halla tan despreciado a nuestros ojos, que vale más evitarlo y hablar de amistad *generosa*. Esta es la verdadera amistad.

¿En qué consiste la amistad generosa? En un sentimiento de benevolencia en primer lugar, que nos hace amar a otro por él mismo y querer su bien, aun por encima de las consideraciones personales de interés y de placer; el verdadero amigo aceptará, incluso ser privado de la compañía de su amigo, si cree que el bien de éste lo exige. Pero la amistad añade a la benevolencia la reciprocidad y se realiza en una benevolencia que se hace mutua. Entonces se forman, entre dos o más personas, relaciones, sentimientos de un tipo irreductible a cualquier otro y único en su género.

Por una parte, cada uno de los amigos respeta plenamente la libertad del otro, pues se entra en la amistad con toda libertad; desea y favorece el desenvolvimiento de su personalidad en sus rasgos particulares. Por otra parte, la amistad forma entre los amigos una unión tan estrecha, que se puede decir, con Cicerón, que tienen un mismo querer en toda cosa; comparten los mismos sentimientos hasta el punto de sentir lo que sucede al otro, sea alegre o triste, como si a ellos les atañese personalmente.

Llama la atención que entre la amistad virtuosa o generosa y la vida de patrulla o la relación que se busca ir creando entre los miembros de la patrulla que comparten un mismo ideal y buscan obedecer a una ley y a unos principios hay un gran parecido. Aquí destacaría la importancia de la Ley como camino de la verdadera amistad²⁴. Todo su articulado, constituyen los "hitos" por los que debe discurrir una verdadera amistad. Es como el código de honor del que se desprenden una serie de valores fundamentales de la amistad, como son el altruismo, la generosidad, la cortesía, la autodisciplina, la lealtad y la religión como norma de vida.

Unida a la Ley está la Promesa personal del scout. Se trata como he dicho antes de una elección personal, de una vocación personal que el chico descubre y con la que por la gracia de Dios se compromete y empeña su palabra. "Por mi honor y con la gracia de Dios, prometo servir lo mejor posible a Dios, a la Iglesia, a mi patria y a Europa...". Sin libertad no hay elección y sin gracia no hay posibilidad de responder y cumplir con el compromiso adquirido. Hay que ir paso a paso educando en las exigencias del amor y en las elecciones que hay que realizar progresivamente.

Se trata de una gran escuela de amor, de servicio y entrega a Dios y a los demás, cada vez más necesaria en un mundo tan individualista como el que vivimos. Además de que la vivencia fraternal en la patrulla, o en la manada, previene la ambigüedad eventual, de una dualidad amistosa que podría resultar exclusiva y obliga constantemente al joven a salir de sus pequeños mundos y a abrirse a otros tipos de personas, más allá de sus distancias de origen, educación, nivel económico o cultural.

En esa vida de patrulla tiene mucha importancia el papel de los jefes para garantizar ese "espíritu" y crear un verdadero ambiente de generosidad y alegría. Aparte de ser los maestros y puntos de referencia

²³ Cf. S. PINCKAERS, *La renovación de la moral*, Verbo Divino 1971, 64-5.

²⁴ Cf. J-P. NORMAND, *La loi scoutie une source vive*, CLD, Chambray 1996, 40-49.

esencial de las patrullas que ayudan a interpretar y a conocer todo ese mundo interior afectivo que nace en los jóvenes y que mediante retos técnicos y humanos ayudan a integrar dentro de un marco global de crecimiento de la persona.

En esta línea no es de menor importancia que ellos también se sientan hermanos de los scouts, compartiendo los mismos ideales y bajo la misma ley, que sepan ejercer su autoridad, no como un dominio despótico sino como un servicio de amor hacia los jóvenes que tiene bajo su cargo. Escuchemos al padre Barbotin:

“Qu'on ne croie pas que cette fraternité se limite aux relations entre jeunes de même âge ! Les chefs sont des frères, les cheftaines sont des sœurs. La hiérarchie scout est une *hiérarchie fraternelle* où les aînés, comme dans toute famille, aident et soutiennent les plus jeunes. Le chef n'est ni un patron, ni un officier, ni un surveillant : c'est un « plus grand ». Il ne doit pas s'imposer par la dureté : le CP promet de conduire sa patrouille « avec douceur et humilité ». L'observateur constate que les relations des jeunes avec les chefs se distinguent par deux caractères : liberté, respect. Liberté : on joue avec les chefs, on les taquine, on les gouaille. Respect : le moment venu des choses sérieusement, on obéit. Le chef doit parfois rappeler le scout à son devoir : mais en le mettant sous le regard de sa propre conscience, en lui demandant de se juger lui-même face à la Loi. De même, la Cour d'Honneur, qui n'est pas un tribunal mais un Conseil de famille, confronte chacun à l'idéal commun »²⁵.

La caridad como una cierta amistad con Dios.

Finalmente señalar que esta gran escuela de virtudes humanas nos prepara decisivamente para nuestra principal vocación que es la caridad. Esta es esencialmente la amistad generosa que santo Tomás evoca para conducirnos al descubrimiento de la caridad. Ella servirá para describir las relaciones entre el hombre y Dios y, por consiguiente, de los hombres entre sí bajo la influencia de la gracia divina. Sin embargo, elevada a este plano superior, la amistad tomará dimensiones nuevas. Es como el descubrimiento de un nuevo mundo. El don de una nueva mirada sobre el mundo, que modifica nuestra idea y percepción de la felicidad. Esta última no reside ya en la acumulación de bienes útiles y de placeres, o en la ausencia de dolor.... La felicidad se descubre como el efecto directo del amor de amistad bajo la forma de la alegría, una alegría que brota del corazón y que puede coexistir perfectamente con la pobreza y el mismo dolor.

Como experiencia humana profunda, el sacerdote tiene la misión de ayudar a descubrir a los jóvenes como la amistad tiene unas dimensiones misteriosas que la acercan a la experiencia religiosa de nuestras relaciones con Jesucristo y con el mismo Dios. Por lo pronto, el lenguaje de la amistad es utilizado para describir las relaciones entre Cristo y sus discípulos, entre Dios y los creyentes: “A vosotros no os llamo siervos, os llamo amigos, porque os he dicho todo lo que me confió el Padre”. Los capítulos 14 y 15 de Juan están llenos de referencias implícitas a la amistad para expresar esa relación de amor filial existente entre el Padre y el Hijo, que Cristo quiere compartir con sus discípulos²⁶.

La fe interpersonal es el inicio de la amistad. Esto es verdad en las relaciones humanas y es más hondamente verdadero en las relaciones del discípulo con Jesucristo. Para entrar en esta dinámica de la comunicación y la inexistencia con Jesucristo resucitado, hay que creer en Él y cumplir sus mandamientos, creerle, obedecerle, acogerlo como Salvador, dejarse guiar por Él. “Si me amáis cumpliréis mis mandamientos, si alguno me ama el Padre lo amará y yo le amaré y me manifestaré a él. Vendremos a él y haremos morada en él”. “Seréis mis amigos si hacéis lo que os digo”.

²⁵ E. BARBOTIN, *scoutisme et pédagogie de la foi*, CLD, Chambray-lès-Tours 1984, 49. “Il faut qu'il (le chef) se mette dans la position d'un grand frère, qu'il voie les choses du point de vue de ses garçons, qu'il les dirige, les guide, les enthousiasme pour marcher dans la bonne direction. Et voilà tout » (BP., *Guide*, p.8).

²⁶ Cf. F. SEBASTIAN AGUILAR, La bendición de la amistad, en *Hablemos de la amistad*, editor J.L. ORTEGA, BAC 2000, 234-235.

Cuando creemos en Él y lo acogemos como Señor y Salvador, Jesucristo nos recibe como amigos, confía en nosotros, nos abre su intimidad, se hace presente en nosotros, enriquece nuestra vida con su presencia, con el don del Espíritu, con la comunicación de su vida de Hijo, de piedad, de gratitud, de ofrecimiento, y de amor; de esta manera nos abre el camino hacia la unión con el Padre del Cielo. Y a la vez esta comunión con Él nos abre a la comunión con los hermanos. A sus amigos, Jesús les descubre el misterio de su vida y les comunica su vida ofrecida por el bien de los demás.

De ahí que podamos decir que la amistad hecha caridad ensancha las perspectivas. Está probado que la amistad humana no puede apenas reunir más que un pequeño número de hombres; es bastante difícil encontrar un verdadero amigo. La caridad, por el contrario, es una amistad y una generosidad que se abre a todos los hombres. Así se vive en el mundo scout como una oportunidad preciosa de vivir una nueva fraternidad:

“Voici rassemblés dans l'unité de la famille de Dieu les enfants de Dieu dispersés... Voilà aussi la fraternité scout, déjà fondée sur le même idéal, la même Loi, resserrée, consacrée, exaltée de façon éminente.

Mais comme il est difficile de vivre en frères ! Le commandement du Seigneur est toujours nouveau et toujours difficile ; à chaque instant il exige de chacun *le renoncement* à tels goûts, préférences, idées, habitudes, même très légitimes ; le contrôle de la langue pour retenir tel propos acide, telle répartie trop vive, tel jugement pessimiste ou injuste, tel refus, telle « condition » au dialogue, tel « préalable » à l'action commune... Commandement nouveau qui exige la lutte contre les antipathies naturelles et les sympathies excessives, un *a priori* de bienveillance et d'amitié, la patience, l'écoute, la prévenance, la bienfaisance ; face à l'offense, le pardon ; toujours le souci de réconcilier les frères divisés, de rapprocher les points de vue, de souligner les qualités des personnes, les aspects positifs des actions entreprises ; l'empressement à servir, la priorité accordée au bien commun...²⁷ »

4. A modo de Conclusiones.

La fijación de valores eternos muchos de ellos comunes a todos los hombres, que hace el escultismo, y la puesta de manifiesto de que en el « juego scout » se falla, se traiciona en ocasiones la amistad, pero su propia dinámica de acción y exigencia permite que de una manera natural se reponga la amistad que se creyó perdida, generando la convicción de que la amistad vale la pena.

Por otro lado, la continuidad de la vida scout a lo largo de sus tres etapas hace que el joven tenga perspectiva de la evolución y crecimiento de sus lazos de amistad, los recuerde con asiduidad y se atreva a decir que su mayor tesoro son los amigos que ha acumulado en su vida scout, hasta el punto de confesar su certeza de que « sabe » que si los necesita, pase el tiempo que pase, no le fallarán.

Aparte de ser un camino privilegiado de conocimiento de Cristo y de la nueva vida que nos viene a traer que no es meramente el cumplimiento de unos mandamientos sino ante todo una nueva fraternidad y una nueva vida de amor.

En definitiva, es sin duda la exaltación vibrante de la fraternidad scout una herramienta privilegiada y se pone de manifiesto en el saludo afectuoso de la mano izquierda, en la canción de « llegado el momento de la separación », en el llamarnos hermanos, y el reconocimiento que cuando nos encontramos, sin conocernos previamente, brota la complicidad propia del escultismo.

²⁷ E. BARBOTIN, *Scoutisme et pédagogie de la foi*, CLD, Chambray-lès-Tours 1984, 52-53.